

A DISTANCIA Y EN EL TIEMPO...
**La vocación arquitectónica y religiosa monacal
del Hno. Martín Correa, osb¹**
Patricio Gross²

Entrevista

Ya en la universidad, o antes, ¿cómo surge la vocación religiosa? ¿Por qué en una orden monástica y, concretamente, la Orden de San Benito?

A los 18 años, lo único que tenía claro era mi deseo de estudiar una profesión que fuera por el lado del arte. Decidí estudiar arquitectura en la Universidad Católica de Santiago.

En tercer año experimenté una crisis vocacional. Venido de una familia católica tradicional y educado en colegios con buena formación religiosa, trataba de vivir mi fe cristiana en forma consecuente, pero en medio de una vida social muy encarnada y natural con numerosas amistades de ambos sexos. Fue entonces cuando el capellán de la universidad me invitó a crear en Arquitectura un grupo de la Acción Católica. Así, participando con asiduidad en encuentros de oración, comentarios del Evangelio y ayuda a una población de escasos recursos, fui

1 Artículo central de la Revista AOA (Asociación de Oficinas de Arquitectos), Chile, N° 25 (Abril 2014).

2 Patricio Gross es arquitecto de la Universidad Católica de Chile (1964), con estudios de posgrado en Alemania y España, académico y autor de numerosas publicaciones en Chile y en el extranjero. Experto en temas de planificación, medio ambiente y patrimonio, ha sido consultor de organismos internacionales. Varias de sus obras y trayectoria han recibido premios y distinciones. Ex presidente del Colegio de Arquitectos de Chile en dos períodos.

sintiendo la necesidad de entregarme totalmente a Dios, algo incompatible con una vida de profesional a la cabeza de una familia. Como las palabras de Jesús al joven rico que le preguntaba qué hacer para ser mejor: *“Una cosa te falta todavía: vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme”* (Lucas 18,22). Ese “ven y sígueme” me llegaba muy adentro. Pensando en dar el paso bien seguro, trabajé unos tres años como dibujante en algunas oficinas de arquitectos y construí una casa para salir de toda duda; egresé de quinto año, aunque mi anhelo de seguridad no dio para hacer el proyecto final, que me iba a demorar otro año.

Ahora bien, seguramente dadas mis limitaciones personales, que me inclinaban a la dispersión, el Señor me fue guiando no hacia una vida religiosa apostólica clerical, sino hacia una enclaustrada como la benedictina, que conocí providencialmente.

Se trataba por entonces de una pequeña comunidad de monjes a cargo de un padre espiritual, radicados en las afueras de Santiago, en medio del silencio, tratando de vivir según la *Regla* llena de sabiduría, medida y profundidad establecida por san Benito. Me atraía el equilibrio de la jornada con sus tiempos de oración, trabajo manual, estudio y momentos de camaradería. Y especialmente la espiritualidad benedictina, por estar enraizada en las Sagradas Escrituras y en una liturgia hecha con gran pulcritud y sobriedad. En otras palabras, una espiritualidad Cristo-céntrica, sin devociones particulares y abierta al hombre de cualquier época y condición. Por último, me atraía la responsabilidad apostólica contemplativa por la cual, separado de todos, se puede estar más profundamente unido a cada uno, en Cristo.

El nuevo monasterio en el cerro Los Piques

¿Cómo llegaron los benedictinos al cerro Los Piques?

¿Cómo surgió el proyecto de Jaime Bellalta y del Instituto de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso y el proceso que finalmente se materializó con la construcción del cuerpo de celdas y la capilla y refectorio como edificios provisorios? ¿Cuál fue la participación del Hermano Martín, novicio en ese momento?

El primer convento estaba en lo que hoy es el hospital de la Fuerza Aérea, en ese tiempo un lugar rural, ya que la movilización de tranvías llegaba hasta Tobaraba. El edificio había sido construido por el arquitecto Juan Lyon en 1939.

El alma de la fundación había sido el Padre Pedro Subercaseaux, que en 1920 había entrado en la abadía de Quarr en Inglaterra. Después de años logró que una fundación francesa de la Congregación de Solesmes llegara a Chile en 1938, y cuando este grupo de monjes volvió a Francia por la guerra, logró que viniera otro grupo de la abadía alemana de Beuron en 1948.

Cuando ingresé, el 8 de septiembre de 1953 a los 25 años, la comunidad de 12 monjes veían que el lugar, en un comienzo muy apartado, se estaba rodeando de casas. El empujón definitivo lo dio el establecimiento de un estadio en el terreno colindante.

Siendo novicio, con otros miembros de la comunidad hacíamos caminatas hacia el faldeo cordillerano y pasábamos por un cerrito que estaba a pocos kilómetros.

Al poco tiempo me enteré de que nos trasladaríamos a ese lugar. De pronto se precipitaron los acontecimientos, que para mí fueron impresionantes: el lugar donde vivíamos se vendió a la Fuerza Aérea y se compró el terreno del cerro Los Piques más unas hectáreas planas. Para el proyecto del nuevo monasterio se llamó a cuatro oficinas a concurso privado. Los proyectos se colgaron en lo que era el taller de pintura del padre Pedro, de doble altura. Me estaba vedado ver los proyectos y opinar por ser un simple postulante, pero mi interés era demasiado grande y pude filtrarme brevemente aunque lo suficiente para formarme una opinión. Bastaba una mirada atenta para darse cuenta de la superioridad del proyecto del Instituto de Arquitectura de Valparaíso, representado por Jaime Bellalta. A pesar de una presentación menos acabada en lo formal, tenía un vuelo conceptual y plástico mucho más logrado, además de una arquitectura de avanzada.

Sin embargo yo sentía que la inclinación de la comunidad era más tradicional, más en la línea de los monasterios neoclásicos europeos: bastaba conocer la línea de Beuron.

Un día se abrió una oportunidad. Sabiendo que venía de Arquitectura, en diferentes momentos dos padres me preguntaron mi opinión y pude expresarme

plenamente...

De acuerdo con las crónicas del monasterio, dicho proyecto fue aprobado finalmente el 31 de octubre, y se formaliza la venta del antiguo convento a la Fuerza Aérea, comprándose a la Sociedad Apoquindo las primeras 33 hectáreas, con el cerro Los Piques incluido.

Al poco tiempo la Fuerza Aérea empezó a instalar unos galpones para sus propias faenas y a apurar el traslado. A estas alturas el silencio habitual del monasterio había dado paso al ruido de los martillos, de los camiones con materiales y de las betoneras. Finalmente, en julio nos piden evacuar el primer piso de nuestro edificio y al mes siguiente el tercero.

Gracias a la generosidad de la congregación de la *Holy Cross*, que tenían un edificio recién construido a mitad del camino entre nuestro monasterio recién vendido y el nuevo en construcción –y sólo parcialmente ocupado por ellos–, en agosto nos trasladamos transitoriamente allí. Mientras, nuestra construcción avanzaba lentamente.

Por fin, el 21 de marzo de 1956 pudimos rezar las vísperas en la pieza más grande del edificio único de los dormitorios.

Durante todo este tiempo tuve bastante contacto con Jaime Bellalta, quien había sido profesor ayudante mientras yo estaba en la universidad. Pude apreciar su gran talento profesional y aprender de él *in situ* lo que no había captado en mis estudios. Fue entonces cuando, ante la necesidad de construir el cementerio para trasladar los cuerpos de un hermano y del Padre Pedro Subercaseaux, recientemente fallecido, Jaime me encargó que lo hiciera.

¿Cómo se planteó el encargo, años después, de reformular el Plan Rector original y encarar el proyecto de la iglesia? ¿Cuáles fueron las dificultades de asumir la responsabilidad, considerando su condición monacal?

A 10 años de mi ingreso, durante los cuales estudié dos años de filosofía y cuatro de teología, gracias a una donación importante se planteó la posibilidad de edificar la iglesia.

Para entonces Jaime Bellalta se había ido a Inglaterra con su esposa y en 1958 había entrado al monasterio mi compañero en Arquitectura Gabriel Guarda. Entonces el Prior, Padre Adalberto Metzinger, nos consultó la posibilidad de que ambos asumiéramos el proyecto. Mi respuesta fue que al no estar Jaime correspondía pedir un anteproyecto al Instituto de Arquitectura de Valparaíso, que había ganado el concurso. Así se hizo, pero presentaron un trabajo que cambiaba fundamentalmente el partido original de Jaime.

Para mí, asumir esa tarea era algo imposible, me sentía incapaz de tamaño desafío: continuar la obra de Jaime con la altura de vara que había dejado. Además, porque yo había abandonado la profesión para dedicarme a la tarea monástica, que en varios aspectos iba a quedar interrumpida, temiendo de paso la crítica de mis compañeros arquitectos y la de mi propia comunidad. Por consiguiente, insistí en no participar hasta que un día noté que Gabriel instalaba una mesa de dibujo, hacía comprar papel mantequilla, regla T, lápices...etc.

Me sentí en una tremenda encrucijada: seguir al margen o integrarme. Decidí esto último. Aunque lo sentía como una gran irresponsabilidad, pero tenía que obedecer la orden del superior.

¿Cuáles fueron los referentes al iniciar el proyecto?

¿Qué influencia ejercieron arquitectos internacionales como Le Corbusier, de enorme impacto comunicacional en ese momento?

La iglesia de Ronchamp y el Monasterio de La Tourette. Le Corbusier estaba en plena actualidad; artículos y libros, llenos de admiración por su obra, lo hacían un referente tanto imprescindible como angustiante a la hora de enfrentar nuestra tarea, dada su superioridad aplastante.

Entonces había que desligarse de su influencia e inspirarse en lo inmediato, en el edificio de Jaime, donde yo ya vivía y observaba desde hacía 10 años. Allí había un germen de diseño de espacios, de tratamiento de la luz, de los volúmenes cúbicos, del color blanco y otros detalles que había que desarrollar.

Pero lo que más me influyó fue un proyecto de Jaime sobre la portería que nunca se hizo, porque se cambió el camino de acceso al monasterio. Allí había

una capilla para huéspedes que tenía un desplazamiento de los muros a media altura, lo que permitía una iluminación natural indirecta, refleja, que creaba un ambiente interior recogido. Esta solución me marcó como *leitmotiv*.

¿Cuáles fueron las ideas que inspiraron la propuesta arquitectónica, en el contexto de que se trataba de un templo para un monasterio, con una comunidad de monjes en clausura, pero que también recibía fieles? ¿Cómo expresar lo sagrado?

Partimos de lo elemental: un espacio que reuniera a las dos comunidades, fieles y monjes, en torno al altar. A diferencia de una parroquia, el monasterio es una comunidad que intenta vivir el Evangelio dentro de los muros de la clausura.

Esto limita el contacto inmediato con las personas externas, que contempla la recepción de huéspedes y la asistencia de los fieles a la celebración litúrgica que los monjes realizan en la iglesia. Esto define, en primera instancia, la organización del espacio.

Si bien este programa se podría lograr con un esquema en forma de paralelepípedo, con el altar al centro entre las naves de los monjes y la de los fieles, quizás marcada la separación por un arco o angostura, optamos por marcar volumétricamente los dos ámbitos: fieles-monjes.

En forma de dos cubos intersectados en su eje diagonal, lo que permite una angostura clara y funcional. De tal modo, todo se centra en el altar, en el cual se celebra la Eucaristía de cara al pueblo los domingos y fiestas y hacia nuestra comunidad los demás días.

Buscando una expresión sagrada, optamos por un espacio cerrado al exterior, por tentador que fueran los paisajes que nos rodean. Un espacio interior que a su vez no fuera claustrofóbico. Para lograrlo recurrimos a ventanas que no se ven pero que permiten la entrada de la luz en forma indirecta, que cae desde arriba como cascada por los muros y que varía durante el día, dándole especial sentido a los siete momentos en que celebramos la liturgia de las horas.

La luz, por su ser inmaterial, es por excelencia la imagen de las realidades espirituales. Por algo Cristo dijo **“Yo soy la luz del mundo”**... Y como también

dijo ser el “nuevo templo”, nosotros somos también templos vivos, porque Él vive en cada uno de nosotros. La iglesia como construcción, por tanto, es espacio sagrado porque acoge este misterio divino.

El edificio es “una imagen de asamblea reunida”, según dice el Misal Romano en su introducción general. Mientras más anónimo y mejor contribuya a la celebración del encuentro del Señor con los cristianos en la liturgia, eucarística especialmente, el espacio será más logrado. Esto es lo que pretendimos: crear un espacio interior con atmósfera de oración, luminoso, austero, que disponga al encuentro con el Dios vivo, consigo mismo y con el hermano, una tienda para el Pueblo de Dios en camino, experimentando la alegría de la comunión.

¿Cómo ha sido la recepción de la iglesia por parte de la comunidad?

Durante el período de la concepción y el primer tiempo de uso de la iglesia, yo sentía, aunque no me lo decían, que algunos padres mayores alemanes no comulgaban demasiado con la obra, pero era completamente explicable.

Más aun, yo mismo recuerdo que cuando observaba la maqueta hecha para mejor comprensión de la comunidad, me entraban tantas dudas del aspecto resultante de esos dos cubos a los que se accedía por un cuerpo adosado con aire de corneta... Era un conjunto bastante extraño... ¿Era eso una iglesia?

Con el tiempo me fui calmando. Un día, una anciana que salía de rezar, sin conocerme me dijo: **“Aquí está Dios”**. ¿Qué más pedir?

<https://www.youtube.com/watch?v=LCvbGraz1A0>

<https://www.youtube.com/watch?v=PfripzOAtSI>

*Abadía de la Santísima Trinidad
Casilla 27021 – Santiago 27
CHILE*